

unidas aquellas tres esencias en una persona, en la persona divina del Verbo.

La virgen, entonces, concibió á una persona que era divina, porque el concebir y el nacer se atribuye á la persona y no á los elementos separados que constituyen á esa persona.

Por eso aunque las madres no conciben el alma del hijo que llevan en su seno, se llaman madres del compuesto, que se forma del alma, creada por Dios, y del cuerpo, hecho en sus entrañas.

Por eso se dice, también, que conciben un hijo y que de ellas nace un hijo, es decir, una persona, por más que ésta esté formada de algún elemento, como es el alma, que no ha sido obra de la generación humana.

Es, entonces, evidente que la Virgen, madre de una persona en quien estaba la Divinidad, por más que la Divinidad no fuese, como no podía ser, obra suya, puede y debe llamarse en toda la plena significación de la palabra, Madre de Dios.

“Sólo podría negarse, dice Santo Tomás, que la Virgen fuera Madre de Dios si la humanidad de Cristo hubiera estado sujeta á la concepción y al nacimiento antes que aquella humanidad fuese el

Hijo de Dios ó que la humanidad no se hubiese unido á la divinidad en unidad de persona.”

Lo primero no puede afirmarse porque, entonces, en Cristo habría dos personas, la persona divina y la persona humana, lo que es absurdo como antes se ha demostrado.

Tampoco puede afirmarse que la unión de la naturaleza humana con la divina se hubiera realizado en naturaleza, porque aquellos dos elementos son igualmente, cada uno en su esfera, enteramente perfectos y no podrían formar de su unión, una tercera naturaleza, distinta de las que la componían.

Sí, pues, la unión se realizó en la persona, la Virgen, Madre de la persona que se llama Cristo, tiene que ser Madre de Dios.

Una tercera relación une á la Virgen profetizada en el Paraíso con la Trinidad augusta: su relación misteriosa con el Espíritu Santo.

Se le llama, bajo esta relación, Esposa del Santo Espíritu, aunque no en el rigor ó en la plena significación de la palabra esposa.

Es verdad que concibió en su seno al Hijo de Dios, por la operación de ese Espíritu Divino; pero esta misteriosa operación se rehusa á la ana-

logía que se saca de la unión del esposo con la esposa, porque no fué generadora, sino formadora.

Por la operación del Espíritu Santo, y no por una porción de El, dice un Doctor católico, se formó el Hombre Dios en el seno de María: este divino espíritu no lo ha engendrado, sino que lo ha creado; lo ha concebido con su poder y no de su sustancia, por su virtud y no por su generación.

La concepción del cuerpo de Cristo, dice Santo Tomás, fué obra de toda la Trinidad. Se atribuye, sin embargo, al Espíritu Santo por tres razones: La primera es porque así convenía al motivo de la Encarnación, considerada por parte de Dios. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo, y, es testimonio del infinito amor de Dios, la Encarnación del Hijo en el seno de una Virgen. La segunda es porque así convenía al motivo de la Encarnación por parte de la naturaleza caída. La humana naturaleza fué tomada por el Hijo de Dios, en unidad de persona, no por los méritos de la humanidad, sino por la gracia, que se atribuye al Espíritu Santo. La tercera es porque así convenía al término de la Encarnación. La Encarnación se hizo para que el hom-

bre, que se concibiera en el seno de la Virgen, fuese santo é Hijo de Dios, y la santificación, así como la filiación de los hijos de Dios, se atribuye al Espíritu Santo. Así lo proclamó el ángel cuando dijo á la Virgen: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti; y por tanto el Santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.*

En esta obra de la Encarnación, el Espíritu Santo tenía dos relaciones con Cristo: una de consubstancialidad, porque es Dios como lo es el Verbo, y otra relación de causa eficiente, porque el Espíritu Santo formó el cuerpo de Cristo en el seno de María.

“En este sentido convenientemente se dice, agrega Santo Tomás, que Cristo fué concebido por el Espíritu Santo.”

De manera que, Cristo fué concebido de María que ministró la materia para la formación de un cuerpo humano, y por eso se dice hijo de María. Fué concebido, también, por el Espíritu Santo, como por un principio activo, pero no de su sustancia, y por eso no puede llamarse hijo del Espíritu Santo.

La Virgen, bajo esta relación, debe más bien considerarse como el santuario del Santo Espíritu.

El Espíritu Santo ha venido al alma de María y la ha llenado de su inmensidad inefable: esta plenitud, desbordando de su alma hasta su cuerpo, ha hecho germinar al Verbo y lo ha mostrado al mundo no en palabra, como los profetas, sino en humanidad y en persona.

La palabra evangélica es demasiado expresiva: el Espíritu Santo ha venido á muchas almas y las ha llenado con sus dones y las ha iluminado con su inspiración; pero tratándose de la Virgen, nota el Evangelio que no vino á ella el Espíritu Santo, sino que *sobrevino* á ella, *superveniet te*; es decir, que entre todas las almas y sobre todas, escogió á la Virgen para que sobrepasase á todas por la universalidad de los dones.

El Espíritu Santo vino á María en abundancia, en afluencia, en plenitud y en efusión sobre su alma y sobre su carne.

El realizó tres privilegios en el seno de la Virgen: que la concepción de Cristo fuera sin mancha; que fuese la concepción no de un puro hombre, sino de un Dios-hombre, y que fuese la concepción de una Virgen.

El Espíritu Santo preservó á la Virgen para que concibiera sin culpa original, le dió fuerza

para que recibiese al Verbo de Dios, y al mismo tiempo le concedió virtud engendradora para que, permaneciendo Virgen, pudiese concebir no activa, sino pasivamente.

Cristo, engendrado de la sola sustancia de María en el tiempo, como de la sola sustancia del Padre en la eternidad, es el fruto de estas dos virginales generaciones por la operación unitiva del Espíritu Santo, de quien es la Virgen llamada con toda justicia el santuario sin mancha.

La mujer predestinada para mantener estas relaciones tan augustas, tan incomparables, tan incomprensibles, con las tres personas de la Trinidad, tenía que ser una mujer única, singular, dotada de dones y gracias que la hicieran á propósito para misión tan sublime.

Este Paraíso, en que debía realizarse la unión de la naturaleza divina con la humana, debió ser formado por el Altísimo con todo el esmero, con toda la sabiduría, con toda la grandeza propias del Dios que debía habitarlo.

Esa mujer debió quedar exenta de la culpa de origen, debió quedar enriquecida con los dones más preciados que guarda en su seno la Omnipotencia divina.

MARÍA CONCEBIDA SIN MANCHA.

Hay una ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte en virtud de la cual todo renuevo de la raza humana nace privado de la savia sobrenatural que originariamente animaba á nuestro primer padre.

Nadie escapa de esta ley.

Sólo Dios, al tomar nuestra carne, apartó de su concepción la culpa, porque apartó el poder activo á virtud del cual es engendrada toda carne.

El que nace, á virtud de la fuerza engendradora del hombre, recibe la muerte, al mismo tiempo que la vida.

La Virgen, predestinada para ser Madre de Dios, no vino á la vida por camino diverso.

“Envuelta, como toda creatura humana, dice el P. Monsabré, en la corriente de la generación humana, debía ser fatalmente arrastrada por la corriente del pecado.”

“Cuando leo su genealogía, agrega el P. Monsabré, creo escuchar como un ruido siniestro, semejante al de un río fangoso cuyas olas se precipi-

tan, después de haber mezclado, á la onda pura que recibe de las blancas nieblas, el limo de los campos por ellas devastados.”

¿Cómo pudo evitar la Virgen ser arrastrada por esa corriente? ¿Cómo pudo escapar á la invasión de la culpa que todo lo arrasa?

“Ya escucho, responde el P. Monsabré, que viene del cielo el río de la redención, llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora que debe á los méritos futuros del Verbo encarnado, y que va hasta la cuna del género humano al encuentro del pecado.”

Un privilegio especial liberta á la Virgen de ser herida por la culpa de origen.

Dios omnipotente, dueño de todos los bienes, así lo quiso.

Desde el momento que se asoció á una mujer para la reparación del humano linaje, desde el instante que decidió crear una madre para su Hijo, el Verbo divino, ha debido necesariamente crearla más limpia que el sol y tan pura como el aliento que sale de sus labios divinos.

El mismo se encargó de anunciarlo así, por figuras y profecías, á todas las generaciones humanas.